

Miembro Fundador del ESPACIO EDITORIAL DE LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA DE TEATRO



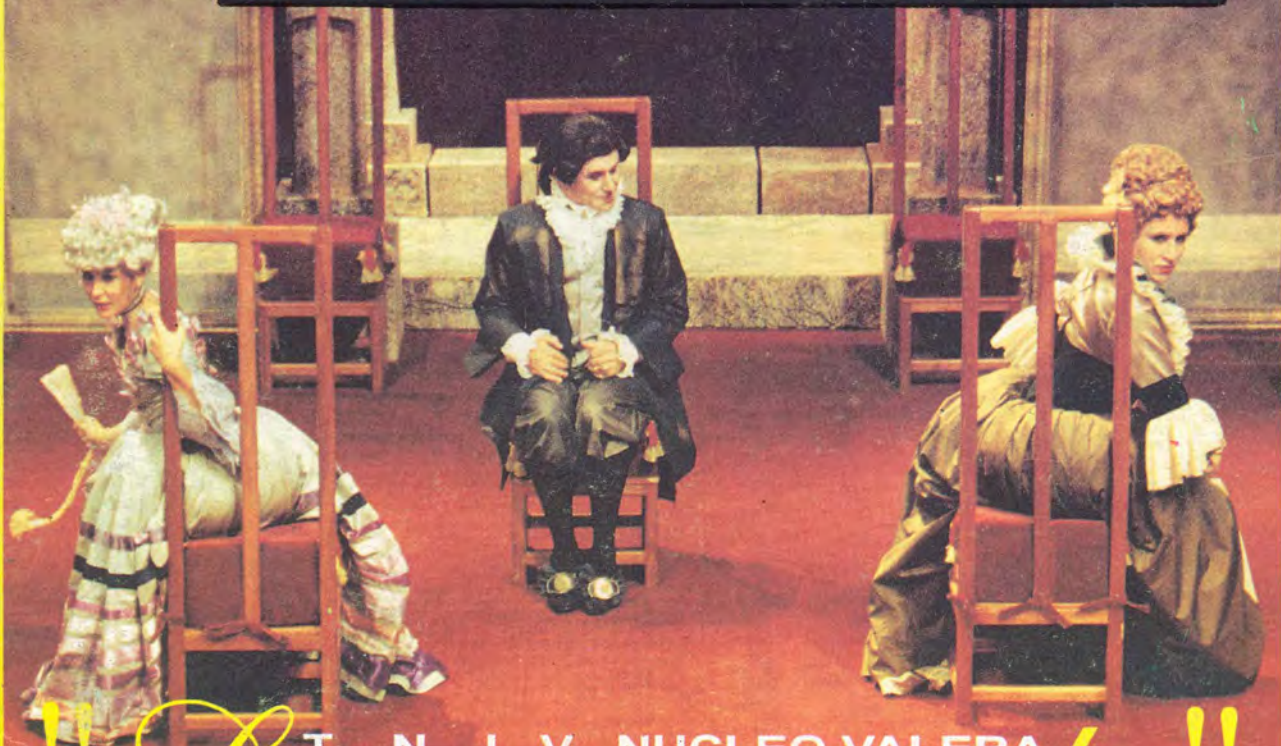
tablas

revista de artes escénicas No.4/1993



Teatro Caribeño - Cuba.

PATAKIN DE UNA MUÑECA NEGRA



T. N. J. V. NUCLEO VALERA

Los enamorados

ROBERTO BLANCO: ROMPIENDO MODELOS

vea pág.22

LA POSTMODERNIDAD
EN LA DANZA

Libreto No.32
LA PALOMA NEGRA
de Rafael González

tablas

Libreto
No.32



ilustración: SILVERA

La Paloma Negra

de Rafael González

Personajes:

| | |
|-----------|--------------|
| JOVEN | DIRECTOR |
| MARIO | LA JOVEN |
| MADRE | MUJER MADURA |
| PADRE | JULIO |
| TICO | JOVENCITA |
| SACERDOTE | NARCISO |
| MAESTRO | HOMBRE |

Lento encendido de cenital sobre joven sentado en una silla. Sus palabras se escuchan inicialmente desde la oscuridad.

JOVEN: Tenía frente a mí a una mujer muy vieja. Estaba sentado en una silla. A mi lado una palangana llena de agua. Ella me miraba fijamente. No sé por qué me encontraba allí. Había mucha oscuridad. Con sus manos tomó agua y me fue empapando el pelo, la cara... De pronto me vi parado frente a un prado verde y muy llano. Era extenso. Detrás de mí se desató una tormenta. Hacía un ruido infernal. El viento me empujaba hacia delante, hacia la calma, pero permanecía allí, firme. Sentía la camisa pegada a la espalda. El pelo me chorreaba por el rostro. La tormenta cesó de repente. Sentí detrás de mí un gran silencio. Me volví... Estaba frente a un callejón. El agua escurría por los tragantes. Un bando de palomas picoteaban en el suelo mojado. Entre ellas había una paloma negra. Andaban sin rumbo fijo. La paloma negra hizo un giro y avanzó hacia mí. Me asusté mucho. Sentía la angustia anudada en mi cuello. Pero varias palomas blancas revolotearon... Fue como una luz, muy rápido todo. Hice un gesto... No sé si para cubrirme el rostro... Una se posó en mi mano derecha, otra en mi hombro izquierdo... Todas las palomas blancas volaban a mi alrededor, envolviéndome... Me sentí feliz. La paloma negra se alejaba por el callejón vacío.

VOZ DE LA MADRE: Mario, Mario.

JOVEN: ¿Qué hace ella aquí?

MADRE: Una carta de tu padre.

JOVEN: ¿Dónde estoy?

MADRE: ¿No la quieres leer, verdad?

JOVEN: ¿Hice algo?

MADRE: Te la leo entonces.

JOVEN: Esto es un hospital, ¿no?

MADRE: (*Leyendo.*) Queridos hijos. Espero que al recibo de esta se encuentren bien. Yo bien, gracias a Dios. No sé que ocurre que no hay respuestas. Son muchos años de silencio. Sé que podrían hacer miles de reproches. ¡Cuántos no se habrán acumulado en todo este tiempo! Pero no es justo. No tenía otro remedio. ¿No lo pueden comprender? Sé que no me escriben porque ella no lo quiere. Ustedes ya son jovencitos... Aquí los jóvenes son más independientes. Cuando llegan a una determinada edad se separan de sus padres y hacen su propia vida. Yo sé que allá eso es imposible, pero puedo siquiera pedirles que escriban. A ella no se lo exijo. Desde el primer momento comprendí que no respondería. No esperaba otra cosa. Mucho odio guardaba hacia mí estando en casa. Ustedes lo saben bien. Como sé que el corazón de los jóvenes no tiene capacidad para llenarse del odio de los mayores. Sé que no actué bien pero necesito más compasión que rencor. No lo creerán pero estoy asistiendo a la iglesia. He tenido largas conversaciones con Dios... Tengo un nuevo trabajo, en una factory. Disecamos cocodrilos y hacemos souvenirs. Cuando se barnizan quedan bonitos. La foto es de mi casa. No es grande, pero no me falta nada de lo indispensable para vivir. La mujer que está a mi lado es la otra mamá de ustedes. Se llama Elizabeth.

La madre contiene un gemido. Estruja la carta. Han entrado el padre y el hermano. Mario abandona la silla. La madre desaparece. Padre e hijos preparan un gran papalote. Mario lo hace volar mientras los otros manejan el hilo.

PADRE: Así, Mario, corre, que aproveche el viento, que tome altura. Dale hilo, Tico, dale hilo.

MARIO: Papi, ¿tú crees que pueda llegar al cielo?

PADRE: ¡No hay hilo tan largo!

TICO: El cielo se parece al mar.

MARIO: Un mar de nubes, pájaros y estrellas.

PADRE: Y con una luna y un sol.

TICO: ¿Y con peces?

MARIO: Las estrellas son peces voladores.

TICO: Papi, ¿en el cielo también hay ballenas?

PADRE: Sí.

TICO: ¿Y barcos?

PADRE: También.

TICO: ¿Y tesoros escondidos?

PADRE: Sí, perlas, rubíes, esmeraldas...

MARIO: En el cielo también está Dios.

PADRE: ¿Dios?

TICO: ¡Se partió el hilo! ¡Se fue a bolina! Por tu culpa, Mario, por tu culpa.

MARIO: Yo no hice nada... Yo no hice nada.

Desaparece el padre. Ha entrado un sacerdote.

SACERDOTE: A ver, ¿qué hacen aquí?
¿Vinieron con sus padres?

Mario y Tico se miran. Guardan silencio.

SACERDOTE: ¿Vinieron solos?

TICO: ¿Por qué tú te vistes así?

SACERDOTE: Digamos que esta es mi ropa de trabajo.

MARIO: Unos amiguitos nos dijeron que aquí repartían dulces y caramelos.

TICO: Sí, sí, dulces y caramelos.

MARIO: Nosotros somos pioneros.

TICO: (*Mecánicamente.*) Pioneros por el Comunismo. ¡Seremos como el Ché!

Hacen el saludo de los pioneros.

SACERDOTE: Entonces vinieron por dulces.

MARIO: También nos dijeron que hacían piñatas...

SACERDOTE: (*Extrayendo una estampa de su sotana.*) ¿Saben quién es él?

TICO: No, ¿por qué se le ve el corazón afuera?

MARIO: ¡Tremenda melena! En la escuela no lo dejarían entrar así.

SACERDOTE: El está en todas partes al mismo tiempo.

TICO: ¡Qué bárbaro!

MARIO: ¿Quién es?

SACERDOTE: ¿No han oído hablar de Dios, nuestro Señor?

Ambos se miran.

TICO: ¿Ese es Dios?

SACERDOTE: Entonces han oído hablar de él.

MARIO: (*Bajando la cabeza.*) Sí.

La madre entra y dispone una palangana sobre el suelo. Desaparece el sacerdote. En otro espacio, el padre, borracho.

PADRE: ¡Me cago en Dios, coño! ¡Me cago en Dios!

MADRE: (*A los niños.*) Vengan a lavarse.

En un espacio, los niños y la palangana. En otro, la madre se peina ante un espejo.

PADRE: Usted no es un trabajador honesto, Ramírez. (*Se ríe escandalosamente.*) ¿Qué es esto, Ramírez? ¿Me puede explicar, Ramírez? (*Ríe.*) ¡Me cago en Dios, coño!

MADRE: (*Ante el espejo.*) ¿Cómo fue? ¿Por qué le creíste? Ahora mírate los surcos. ¿Los ves? Ahí están. No son una ilusión. Ahí están atravesándote el rostro... ¿Estabas ciega?

TICO: ¿No tuviste miedo anoche?

MARIO: ¡Qué clarita está el agua!

PADRE: ¡Reviéntate, Ramírez! ¡Reviéntate! Muy

bien, Ramírez. Muy bueno, Ramírez. Dos horitas más, Ramírez... Ramírez, ¿usted está dispuesto a...? ¿Cómo te llevó la mocha, Ramírez? ¡Un paso al frente, Ramírez! ¡A la mierda! ¡Que tanto Ramírez y Ramírez! ¡Me cago en Dios, coño!

TICO: ¿Oíste? Estaba llorando.

MARIO: ¿Oyes? El agua parece que ríe.

MADRE: (*Ante el espejo.*) ¿Porqué lo soportas, eh?... Putica, putica... Tú vas a ser puta, niña... Ah, tenerte entre mis piernas... ¿Qué es esto? Me estás matando... Así, así, así... No, no, eso no. Bésame. Lo otro después. No es tiempo. (*Ríe.*) ¡Putá!

PADRE: ¡No sea comemierda, caballo!... ¡No hay tema! ¿Usted es o no es hombre? Tener esos pichones así, con la boca abierta... ¡Pa ustedes na má! ¡Pa ustedes! ¡Y Ramírez que se joda! ¡No es fácil, caballo, no es fácil!... ¡Abra ese bolso, Ramírez!... ¡Me cago en Dios!

TICO: ¿Tú entiendes lo que dicen?

MARIO: El agua está quietecita ahora.

MADRE: (*Ante el espejo.*) Tú aquí, en tu lugar. ¿Trabajar? ¿Para qué? No nos hace falta. Ahí tienes. Cómprale algo a los niños. En la cafetería se trabaja bien. Allí uno se defiende... Tuve un problema. ¡Abraza al nuevo carpintero!... Te queda lindo ese vestido. Ser carpintero y mierda es lo mismo. Eso no da na. ¡Abraza al nuevo mecánico! A la mecánica lo que hay es que ponerle interés. ¡Eso da!... ¿Esto es lo que hay de comer? Te traje este perfume... Ay, ¡agua de violetas!

TICO: Lo que más me asusta es el grito.

MARIO: Bajo el agua no se oye nada.

PADRE: Viejo, viejo... Quédate ahí. No te me acerques... Me cansé, viejo. Mis nalgas no son tambores. Si te acercas, te pego... ¡Abre las manos! ¿Qué tienes ahí?... ¡Algo grande! ¡Tienes que ser algo grande!... ¡Abre las manos! ¿Por esa mierda usted se embarra las manos? ¡Vaya a devolverlo!... ¡Abra ese bolso, Ramírez! ¿Y esto, Ramírez?... ¡Me cago en Dios, coño!

TICO: Una noche de estas iré a ver.

MARIO: El agua se ha puesto oscura.

MADRE: (*Ante el espejo.*) ¡Estás tan indefensa! ¡Me das lástima! Que te importan las arrugas, si cuando sientes la llave en la puerta te viene el alma al cuerpo. ¿De qué te quejas? (*Escupe el espejo.*) ¡Bestia! ¡Eres una bestia desagradecida! Que te pegue una y mil veces. Lo mereces. (*Se golpea a sí misma.*) Aguantona, aguantona... ¡Habla! ¡Habla! ¡Gritaselo! ¡Eres un inútil!... ¡Calla!... Hoy te tocó la mejilla y te miró en silencio. ¿Quién sabe...?

El padre se levanta y vira la palangana de agua. Los niños buscan refugio uno en otro.

PADRE: ¡Es mentira! ¡Dios no existe! ¡No soy culpable de nada!

Breve silencio.

MADRE: Yo tampoco merecería un castigo. Si Dios existiera, él lo sabría.

Entra el Maestro. Desaparecen todos, excepto Mario.

MAESTRO: En el principio era la nada. El Universo fue creado hace ya 15 mil millones de años. Todo empezó desde un punto en el que se concentraba toda la materia y la energía del Universo. Todo empezó con una gran explosión.

MARIO: ¿Una gran explosión?

MAESTRO: Y el Universo se fue expandiendo y enfriando... La materia se dispersaba y tomaba formas caprichosas... Nubes de hidrógeno se le unían y aquellas formas se separaban, se desplomaban hacia su interior... Se formaban estrellas, galaxias... En cada una hay miles de millones de estrellas. Ya hace 10 mil años...

MARIO: ¡La Vía Láctea!

MAESTRO: ¡Nuestra isla de estrellas!... Según una leyenda griega esta cinta, que parece de nácar, y que atraviesa de un lado a otro el firmamento, es leche derramada de los pechos de la diosa Juno... En esta isla vivimos nosotros, en nuestro planeta, que ya tiene más de 4 mil millones de años.

MARIO: ¿Somos tan viejos?

MAESTRO: Bueno, no. El hombre tiene menos de 10 millones de años.

MARIO: Entonces somos muy jóvenes.

MAESTRO: Y estamos tan abandonados en el Universo... Sólo sabemos de nuestra propia existencia... El universo se sigue expandiendo. Todo se nos aleja. ¿Habrás alguien más? ¿Será posible algún día comunicarnos?

MARIO: ¡Tengo frío!

MAESTRO: *(Sonriendo.)* Sí. Motivos sobran. *(Le pasa la mano por la cabeza.)*

Mientras entra el Director, desaparece el Maestro.

DIRECTOR: El profesor acabó de impartir su última clase de astronomía. Ha presentado su renuncia. Su familia lo ha venido a buscar por el Mariel y ha optado por abandonar su país. Con su decisión traiciona a su Patria y a su propia profesión. Debemos hacerle saber que nosotros nos mantendremos firmes aquí, que nada podrá bajar nuestra moral. ¡Vayamos a la cátedra y manifestemos nuestro repudio! ¡Démosle la despedida que merece! Educandos, ¿listos?...

MARIO: Director...

DIRECTOR: ¿Sí?

MARIO: ¡Somos tan jóvenes!

DIRECTOR: ¡Qué quieres decir?

MARIO: ¡Tengo menos de diez millones de años!

DIRECTOR: ¿Deliras?

MARIO: Tengo frío, mucho frío.

Mientras entra la Madre con la manta, el Director ocupa otro plano.

MADRE: ¿Por qué no esperaste que escampara?

MARIO: Tenía prisa.

MADRE: ¿Sales esta noche?

MARIO: No sé.

MADRE: Es mejor que te quedes en casa... Debes descansar. ¡Lleva tantas noches frente a los libros!

DIRECTOR: Mario Ramírez... Usted ha sido un buen estudiante. Eso no se puede negar... Si revisamos sus notas saltan a la vista los resultados... Excelente promedio docente. No hay quejas por parte de los profesores... Buena disciplina, correcto uso del uniforme, excelentes relaciones humanas, respetuoso, bien en actividades extraescolares... ¡Es sorprendente! ¡Nada que señalar!... Sin embargo... Quizás a usted pueda parecerle injusto... No tenemos otra alternativa... Necesitamos muestre comprensión... No podemos aceptar su solicitud de estudiar derecho.

MARIO: *(A la madre que lo cobija.)* ¡Déjame!

MADRE: Tranquilo, déjame peinarte... Cada día te pareces más a tu padre... El mismo color de pelo, sedoso. *(Lo acaricia. Mario la mira.)* ¡Los ojos! Despedían tu misma llama. No sabía si esconderme en un rincón o abrazarme en ellos. *(Mario retira la mirada. Ella le palpa los hombros.)* ¡Esos hombros! Tan fuertes cuando me envolvían. *(Lo abraza.)* O sobre los que ponía mi cabeza buscando el hondón del cuello. *(Lo hace.)*

MARIO: ¡Por favor!

DIRECTOR: Sé que será difícil pero debe entenderlo... Es esta una especialidad con determinados requerimientos, digamos, ideológicos... En su familia hay ciertos antecedentes que no podemos ignorar... Su padre abandonó este país...

Mario rechaza a la madre.

MADRE: ¿Por qué me rechazas?... ¡Ese gesto! Parecía de súplica aunque era molestia... ¿Cuál era mi culpa? ¿Guardar silencio? ¿Por qué debía cargar con sus problemas?... ¿Callas? ¿Tienes algo que reprocharme?... ¡Habla! ¡Habla!... ¡Vete! ¡Déjame sola tú también! Lo merezco. La que renuncia a todo no debe ser perdonada... Te he entregado mi vida... No te he pedido nada a cambio.

MARIO: ¿Qué más?

DIRECTOR: Pero hubo en usted una actitud que pudiéramos calificar de... digamos, definitiva... Haya significado para usted algo... En su situación personal, sé que era difícil... No sé, no pudiera precisar... Pero su comportamiento en relación con el profesor de astronomía... Hay circunstancias que... digamos, obligan.

MARIO: No me dieron la carrera.

MADRE: (*Abrazándolo.*) ¿Cómo?... Pobrecito, pobrecito mío... ¿Cómo pudieron? ¡Es injusto! ¿Qué razones tuvieron...?

MARIO: Soy muy joven.

DIRECTOR: Usted es muy joven todavía... Quizás más tarde comprenda estas cosas... Por otra parte, los caminos no se le cierran... Pudiera estudiar otra cosa... ¿No tiene interés en otras materias ajenas a las humanidades?

MARIO: No me importa nada.

MADRE: (*Separándose.*) ¿Cómo? ¿Es posible?... ¿Qué será de ti?... Dios mío, ¿por qué esta condena? ¡Sus mismas palabras!... Un día una cosa, otro día otra... No quisiera sufrir de nuevo... La palabra ladrón es muy dura, hijo, pega muy hondo.

MARIO: (*Haciendo un ademán de irse.*) Si continúas...

MADRE: No, no, ¿a dónde vas? Mi niño, mi niño. ¡Tranquilo! Mira, me callo. Hago silencio. No puedo perderte. ¿Para qué estoy yo aquí sino para ampararte? ¡No importa! ¡No hagas nada! Te lo daré todo. Soy tu madre. Siempre estaremos unidos. Solos tú y yo. Así siempre ha sido desde que tu hermano...

Mario se separa violentamente.

MADRE: Yo no tuve la culpa, Mario... No sé cómo fue... ¿Dónde estabas?... Me dormí en la arena... ¿Cómo pudo ocurrir algo así? ¡Estaba tan tranquila allí!... Aquel murmullo de las olas... Era la primera vez que me sentía así desde que... Mario, él nunca lo debe saber. ¡Nunca! No lo merece. No tiene derecho a llorarlo. ¡No tiene derecho! (*Llora.*)

Mario escapa. Se sienta en el proscenio. Entra una joven. Lo observa a distancia. Se sienta a su lado. Mario la advierte, pero no hace caso. Ella lo observa detenidamente.

LA JOVEN: ¿Te gusta el mar?

MARIO: Bajo el agua no se oye nada.

LA JOVEN: ¿Eres pescador submarino?

MARIO: No entiendo.

LA JOVEN: ¡Eres extraño!

Mario no responde. Ella enciende un cigarro. Fuma. Le lanza el humo al rostro. Mario tose.

LA JOVEN: Pareces muy delicado.

Mario la mira sin comprender.

LA JOVEN: ¿Esperas a alguien?

Mario no responde.

LA JOVEN: ¿Eres gay?

MARIO: ¿Qué es eso?

LA JOVEN: No importa.

MARIO: ¿Qué haces aquí?

LA JOVEN: Te divisé desde los pinos y soy de las que piensa que nadie debe estar solo en medio de una playa desierta.

MARIO: Gracias.

La joven ríe.

LA JOVEN: Tienes ensopada la camisa. ¿Por qué no te la quitas?

MARIO: No, ya me voy.

LA JOVEN: ¿Complejos?

MARIO: No sé... De pronto he sentido un poco de miedo.

La joven ríe. Cambio brusco.

LA JOVEN: Yo también tuve miedo una vez... Hace unos minutos tuve miedo. Me sentía sola.

MARIO: ¿Y ahora no?

LA JOVEN: No, ahora no.

La joven abre lentamente los botones de la camisa de Mario hasta llegar al pantalón. Mario mira abstraído hacia el mar. Apagón.

Lento encendido de cenital sobre joven sentado en una silla. Sus palabras se escuchan inicialmente desde la oscuridad.

JOVEN: Tenía frente a mí a una mujer muy vieja. Estaba sentado en una silla. A mi lado una palangana llena de agua. Ella me miraba

fijamente. No sé por qué me encontraba allí. Había mucha oscuridad. Con sus manos tomó agua y me fue empapando el pelo y la cara.

VOZ DE MUJER: Julio, Julio

JOVEN: ¿Qué hace ella aquí?

MUJER MADURA: Te traje este poema.

JOVEN: ¿Dónde estoy?

MUJER MADURA: ¿No lo quieres leer?

JOVEN: ¿Hice algo?

MUJER MADURA: Te lo leo entonces.

JOVEN: Esto es una cárcel, ¿no?

MUJER MADURA: *(Leyendo.)*

La Amada
Amado, ya me voy. Bebé tu vino,
a tu mesa comí, puse a tus lares
las primicias de abril: miel, azahares
y nenúfar del lago cristalino.
Tiempo es ya de que cumpla mi destino;
me aguarda el humo azul de mis hogares.
El Amado
¡Dios bendiga tus años si tornares!
Anda en paz y no olvides el camino.
La Amada
Por Julio tomaré, cuando en las lomas
se besen, zureando, las palomas,
y enrojezcan las tardes como fraguas,
y fulguren las rubias maravillas,
y broten las moradas tempranillas
y se anuncien los truenos de las aguas.

Mientras la Mujer madura lee el poema, Julio prepara un caballete. Pinta. El modelo es otra pintura, en el suelo. Entra el Padre. Desaparece la Mujer madura.

Padre: A la gente siempre hay que dar lo que la gente necesita. No debes traicionarlos. Todos aspiran a tener algún día algo lindo de la vida. Pero la vida es una vieja tacaña. Lo grato que de ella puede sacarse, hay que arrebatárselo. Muchos desconocen esto y, al terminar sus días, se preguntan: ¿y esto era la vida? Porque se limitaron a tomar lo que ella les concedía con trabajo. No tienes que abrirles los ojos. Perderías el tiempo. Sería una ardua labor que terminaría en el cansancio. Sólo dales una píldora, algo que siquiera por un momento los haga sentirse distintos. ¡Se conforman con tan poco!

JULIO: *(Moviendo hacia el padre el caballete.)*
¿Qué tal?

Es el cuadro clásico de nuestras salas: dos cisnes en un estanque. Paisaje chino.

PADRE: *(Abrazándolo.)* ¡Perfecto! Tu madre estaría orgullosa de ti. Aprendes rápido.

Aparece la Mujer madura.

MUJER MADURA: Vamos a probar si la suerte te sonrío. Tienes que escoger. ¿Dónde se encuentra el tesoro? ¿En esta mano? ¿En esta otra?

JULIO: Déjame concentrarme.

El padre recoge el caballete y los cuadros.

PADRE: ¡Qué espanto! Oh, los cisnes, los cisnes... Si ahora me estás mirando, perdóname, pero, ¿por qué me dejaste solo?

JULIO: Si mis presentimientos no me engañan, está en ésta.

La Mujer madura abre la mano.

JULIO: ¡Una cadena de plata! *(La besa.)* ¿No te lo he dicho? Me ilumina una buena estrella.

La Mujer ríe, abre la otra mano, enseña otra cadena.

MUJER MADURA: A veces te traiciona.

JULIO: ¡Una de oro! *(Hace intento de cogerla.)*

MUJER MADURA: No, está tiene su precio.

JULIO: ¡Vampira!

Ella le muerde el cuello.

JULIO: Por eso tenías cadenas en las dos manos.

MUJER MADURA: Ninguno debería perder.

JULIO: Sí, es mejor así.

Ella lo estruja contra sí. El se deja hacer. Hace su entrada el Maestro. La Mujer madura desaparece.

MAESTRO: Composición. Lo que yo más quiero en el mundo es a mi papá. Mi papá trabaja

mucho. El pinta paredes de casas y pinta cuadros. El me viene a buscar a la escuela y llega siempre temprano para que yo no llore. Como mi mamá murió él hace todas las cosas de la casa. Dice que no quiere a mis tías porque son unas viejas cotorras. A mí me gusta dibujar y él me va a enseñar. A veces él pinta escondido en su cuarto, pero no me deja entrar. Cuando pinta fuera del cuarto siempre pinta lo mismo, aunque los colores no son siempre iguales. En la casa hay un tremendo entra y sale... (*Deja de leer.*) Bueno, hasta aquí. Julito, ¿tu papá tiene patente?

JULIO: ¿Qué es eso?

MAESTRO: Permiso para pintar.

JULIO: No sé... ¿A quién hay que pedirle permiso?

MAESTRO: Sí, claro. No importa. El vende los cuadros, ¿no?

JULIO: Sí. Todo el mundo quiere algún cuadro.

MAESTRO: Sí, claro. Pero tú dices que siempre es el mismo, ¿no?

JULIO: Sí, aunque los colores cambian.

MAESTRO: ¿Se puede saber qué pinta tu papá?

JULIO: Cisnes, agua, hierba, casa china, cielo, nube...

MAESTRO: ¿Siempre lo mismo?

JULIO: Sí, cisnes, agua, hierba, casa china...

MAESTRO: Bien, bien. Y, ¿cómo es eso del cambio de colores?

JULIO: A veces el cisne es verde, a veces rojo, color mandarina, merengue-cake, color sol...

MAESTRO: Pero eso es imposible.

JULIO: ¿Por qué?

MAESTRO: Porque los cisnes o son blancos o son negros.

JULIO: Sí, yo lo sé.

MAESTRO: ¿Y por qué no se lo dices a tu papá? Parece que él no lo sabe.

JULIO: El fue quien me lo dijo, pero dice que no siempre consigue pintura de todos los colores.

MAESTRO: Ah, ya veo. Y mientras tanto: cisnes verdes, naranjas, rojos... ¡Y se viene abajo la realidad! ¿Y la gente no protesta? ¿Nadie le rompe un cuadro en la cabeza?

JULIO: Mi papá dice que la gente no se fija en los colores de las cosas sino en el dibujo. Lo importante, dice, es que el cisne sea un cisne por su contorno. Si las líneas están claras, si hacen el cisne, la gente no se fija en los colores, ¿entiende?

MAESTRO: (*Perplejo.*) No.

Entra Mujer madura. Desaparece el Maestro.

MUJER MADURA: (*Recitando.*)

¡Así, callados los dos!

¡Muy cerca los dos... así!

¡Déjame pensar en Dios,
que es también pensar en ti!

JULIO: ¿Por qué siempre poesía? ¡Bájate de esa nube! (*Ademán de irse.*)

MUJER MADURA:

¡Ah, no, no, todavía no te vayas amor!
En mi otoño hay fuego
en mi cerebro lumbre.

Algo aprendí en la vida, y un poquito
de ciencia da precio a las ternuras...
Tengo mucha indulgencia
para las cabecitas jóvenes...

JULIO: ¿Puedes prestarme veinte pesos?

MUJER MADURA: ¿Veinte pesos?

*Julio se quita la ropa y se queda en trusa.
Comienza a hacer ejercicios de fuerza.*

MUJER MADURA: Julio, no quiero meterme en tus cosas... No es que yo quiera controlarte... No me importa en lo que puedas gastar...

Julio detiene los ejercicios. Ella calla. El continúa.

MUJER MADURA: Yo sé que tu trabajas... Vaya, que eres un artista... Me gustan mucho tus cuadros y los pull-overs que pintas... Pero ese trabajo no siempre...

Julio detiene los ejercicios. Ella calla. El continúa.

MUJER MADURA: A veces tengo miedo. En cualquier momento puedes caer preso... Yo

no puedo seguir llevando esos pull-overs... Tienes que comprender... La gente se hace preguntas.

JULIO: (*Deteniendo los ejercicios.*) ¿Entonces?

MUJER MADURA: (*Tras una pausa.*) Estos son los últimos veinte pesos.

El se arrodilla frente a ella y aprieta el rostro contra su sexo. Entra el Padre. Desaparece la Mujer madura.

PADRE: ¿Lo has pensado bien?

JULIO: A fin de cuentas es un viaje, ¿no?

PADRE: El problema es el regreso. Tendrías que trabajar en una fábrica. Eso te amarra. Un salario fijo no da para vivir. ¡Todo cuesta tanto! Querrás tener cosas...

JULIO: Dicen que en Alemania se vive bien. La gente trae motores, equipos... Eso ni soñarlo aquí.

PADRE: Al regreso querrán controlarte. Que si el estado te envió... Siempre el eterno agradecimiento.

JULIO: Siempre habrá una salida. El cubano inventa.

PADRE: No vale la pena romperse la vida por amor al trabajo... Si en todo no hay un aliciente... En estos días todo se dificulta. No cuentas con la estrella de un padrino.

JULIO: Olvídalo. No lo necesitaré. Me has enseñado a pintar. ¡Soy un artista!

PADRE: Sin tu madre... Y ahora sin ti... ¡Me sentiré tan solo!

JULIO: ¿Cómo será Berlín? ¿Dará para buenos paisajes?

PADRE: Nunca será como un buen estanque chino con dos cisnes de cuellos amorosos. Así ha sido por los siglos de los siglos.

JULIO: Viejo, por los siglos de los siglos, los hijos siempre han querido correr su propia suerte.

PADRE: Recuerdo ahora un cuadro... No sé... El regreso de un hijo al hogar... De rodilla ante sus padres. (*Se arrodilla ante el hijo.*)

JULIO: ¿Qué pasa, viejo? ¡Levántese!

PADRE: Renuncié a todo por ti. ¡Mira estas manos! Se han endurecido con algo tan delicado como un pincel. Pensar que ese pedazo fino de madera, que esos colores, te han dado de comer durante tantos años, que te hayan vestido con el deseo de moda... No seas ingrato. No me dejes solo. No lo podré soportar.

JULIO: (*Levantándolo.*) Resistirá, viejo, resistirá. No voy a morir. Sólo iré en busca de la recompensa por todo lo que ha hecho por mí. ¡Los alemanes me van a ayudar! Lo verá.

PADRE: Los alemanes siempre han sido un pueblo duro.

JULIO: La vida es una vieja tacaña, ¿no? Alguna tecla débil deben tener los alemanes.... Esa blancura, ese andar de gansos bobos me hacen sospechar... ¡Algo se les podrá arrebatar!

PADRE: No hablas en su mismo idioma.

JULIO: Tampoco usted el chino, viejo. ¡Y si los chinos supieran! Usted les arrebató los estanques, los cisnes...

PADRE: (*Sonriendo.*) ¿Será China así de verdad?

JULIO: ¡Qué importa!

Ambos se miran, sonríen y abrazan.

Entra Mujer madura, envuelta en una sábana y Jovencita con vestido que transparenta su desnudez. Desaparece el Padre.

MUJER MADURA: ¿Enciendo la luz?

JULIO: No, por favor.

Julio avanza lentamente y abraza a la Jovencita.

MUJER MADURA: ¿Qué temes?

Julio guarda silencio.

MUJER MADURA: Me siento tan indefensa ante ti... Como si fuera una paloma... ¿No has visto cómo les tiembla el pecho?

JULIO: Me gusta el silencio.

Julio inicia una especie de ritual sobre el cuerpo de la Jovencita, descubriendo cada una de sus partes.

MUJER MADURA: ¿Cómo suenan mis palabras en el silencio?... No conozco mi voz. Nunca me he oído. Tengo miedo que resulte extraña.

JULIO: La voz propia siempre nos resulta extraña... Hueles bien... ¿Perfume francés?

MUJER MADURA: Polaco.

Julio detiene su inspección.

MUJER MADURA: ¿Por qué te detienes?

JULIO: Danuta...

MUJER MADURA: En tus sueños muchas veces te he oído decir esa palabra: Danuta, Danuta...

JULIO: Una aventura en Alemania, un simple nombre de mujer.

MUJER MADURA: ¿Joven?

JULIO: Más religiosa que Cristo.

Continúa con su inspección.

MUJER MADURA: Iría a un espiritista para saber qué te ocurre... Me confundes. Eres tan violento en el sexo; sin embargo...

JULIO: (*Deteniéndose.*) ...pero se movía como una loca, montada a caballo sobre mis piernas.

MUJER MADURA: No me reproches eso... Prefiero ahogarme con tu peso, aferrar mis dientes a tu cuello para no tener que gritar...

JULIO: (*Continuando la inspección.*) ¡Qué clase de judía!... Decía que lo hacía tan bien que un día me alquilaría...

MUJER MADURA: En la oscuridad no veo tus ojos... ¿Los dejas abiertos? ¿Los cierras? No te puedo palpar... Mis manos no pueden despegarse de las sábanas... Me sudan.

JULIO: (*Deteniéndose.*) Decía que si las rusas o las alemanas probaban mi lengua las tendría

a sus pies definitivamente, suplicantes. Entonces las aplastaría... ¡Santo Dios! ¡Cuánto odio! (*Ríe.*) ¡Polonia resucitada por una pinga cubana!

MUJER MADURA: Me hierva el cuerpo con tus groserías, pero las siento resonar a mi derecha, a mi izquierda. Penetran por los oídos. ¿Por qué no con tu saliva?

JULIO: (*Continuando la inspección.*) No te voy a dar ese gusto, perra... Mi cuerpo me pertenece, polaca cochina... Regresaré con los billetes verdes de tus turistas ocasionales del Hotel Sueco, con la fragancia de tus perfumes franceses... Te dejaré sola con tus históricos pilotos polacos despegando de Inglaterra, con tu banderita americana de las Guerras de Independencia recuerdo de un tatarabuelo loco... Regresaré con tu inauténtico aroma polaco y te dejaré como a Varsovia, arrasada. ¡Yo soy Julio César, el Emperador del Caribe! (*Ríe.*)

MUJER MADURA: ¡Julio!... ¿Quién es esta... niña?

La Jovencita se cubre el cuerpo. Julio guarda silencio, confuso.

MUJER MADURA: ¿Cómo te has atrevido?... ¿Es posible? ¿En mi casa?... ¿A mí? ¿A mí?... ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¿Cómo has podido confiar? El aquí todo el tiempo, embarrando la casa con sus pinturas, alterándote todo el orden que me hace sentir yo misma... Ella que se escapa del trabajo bajo las miradas acusadoras de los demás... Ellos, que no comprenden, que se burlan, que hacen chistes que no debo oír. ¡Estúpidos! No se escondan para hablar. No quiero oír, no puedo... ¡Soy sorda! Y él: ¡Quédate un poco más! No te vayas, que esperen por ti, eres única, les haces falta, regresa a la sábana... ¿Por qué? ¿Por qué te engañabas? La señora al mercado para saciar su voracidad. La señora con su costurera para aparecer triunfal con un vestido nuevo. La señora gastando el dinero que no tiene para tener café, mucho café a todas horas para que Mickey Mouse, diez Mickey Mouse, cien Mickey Mouse se estamparan en sus maravillosos pull-overs. La señora proponiendo mercancías: ¿Quiere un Mickey

verdad... Creo que se me fue la mano. No es fácil aguantarme un pifazo... ¡No temas! Tú eres distinto. Eres hombre... Cuando abrí la puerta, sentí el silencio. Sólo la gota de agua en la palangana. Me cripa los nervios, pero no pude cerrarla. Ayer me hubiera conformado con verte desnudo. La tienes tan grande, tan bonita. La pondría en un altar. Eres tan macho. Sin embargo, tu apariencia es de mujer. ¿Por qué me miras así? Era sólo un decir. ¡Qué cosas tiene la vida, chico!

Narciso frente a un espejo. Se peina. Aparece la Madre. El Hombre pasa a otro plano.

MADRE: Ayer te esperé hasta la media noche.

Narciso se peina.

MADRE: No sentí cuando llegaste. Caí rendida. Las noches se me hacen cada vez más largas al paso de los días.

Narciso se peina.

MADRE: Hijo, ¿por qué me haces sufrir tanto? ¿Qué voy a decir a tu padre?

Narciso detiene el peinado. La mira.

MADRE: Sólo quiero tu bien. Deseo que no tengas problemas... Cavilo, cavilo, busco razones... ¡Cuántas mentiras! Tejo cada noche miles de explicaciones...

NARCISO: Corta el hilo.

MADRE: ¡Es tan fácil decirlo! ¿Quién detiene luego el aguacero de culpas?

NARCISO: Algún día comprenderá.

MADRE: ¿Qué debe comprender?

NARCISO: Que no siempre el sol sale por el Oriente, que las estrellas no sólo brillan de noche, que no todos los ríos desembocan en el mar.

MADRE: Si pudiera entenderte.

NARCISO: ¿No te parece aburrido tratar de entenderlo todo? ¿Es posible? Mirame ahí en el espejo. ¿Quién es ese extraño que nos mira? Se burla de nosotros.

Aparece el Hombre. La Madre desaparece.

HOMBRE: ¿Qué miras en el espejo? Eres bello, créeme.

NARCISO: Pensaba en mi madre. Nunca la conocí. Dicen que era hermosa y muy dulce.

HOMBRE: ¿Nunca se hizo una foto?

NARCISO: Dicen que él quemó sus fotos.

HOMBRE: ¿Sabes la causa?

NARCISO: Nunca he querido preguntar.

HOMBRE: ¿Temes algo?

Silencio.

NARCISO: Hace años estuve en Alemania.

HOMBRE: ¿Tú?... ¿En Alemania?

NARCISO: ¿De qué te asombra?

HOMBRE: Nunca he salido del país. Viajar debe ser bonito.

NARCISO: Muy bonito... Si conocieras Francia, o España...

HOMBRE: ¿Has estado...? ¿Y esos viajes...?

NARCISO: Los hacía con el viejo. Misión de trabajo, ¿no? Después a él lo tronaron. Lo acusaron de echarse en el bolsillo el dinero de algunos negocios... Dólares, ¿no?

HOMBRE: Nunca he visto un dólar... Era muy chiquito cuando el capitalismo. Los viejos míos eran campesinos.

NARCISO: ¡El capitalismo!

HOMBRE: ¿Qué quieres decir con eso de: ¡El capitalismo!?

NARCISO: Nada. Sólo dije: ¡El capitalismo!

HOMBRE: ¿Te dolió lo del viejo?

NARCISO: ¿El trueno?

HOMBRE: Tu vida debe haber cambiado desde entonces.

NARCISO: No me dolió. Se lo merecía. Nunca fue una persona honesta.

Mouse para su hijo? ¿Qué le parece este maravilloso paisaje chino?... ¡Puerco! ¡Eres un puerco!... Y ella allí siempre, bajo la sábana, en completa oscuridad, sin poder ver sus ojos... ¡Dios mío, qué ciega has estado! ¡Cuántos poemas gastados!...

JULIO: Me reventaban tus poemas... El tacto de tu piel me daba escalofríos. No te pedí nada... Me entregué. ¡Gozabas! Mis carnes eran duras, ¿no? ¿Qué más? Todo tiene un precio en la vida.

MUJER MADURA: (*Abofeteándolo.*) ¡Vete!

La Jovencita gime, llora. La Mujer madura desaparece.

JOVENCITA: ¿Qué he hecho? Ay, si mi papá se entera... Yo no quería... ¡Soy menor de edad!... Te puedo acusar.

JULIO: (*Abofeteándola.*) ¡Vete!

La Jovencita se recompone súbitamente. Se marcha lentamente, con ficticia dignidad. Aparece el Padre.

PADRE: ¿Por qué no viniste?

JULIO: No podía, viejo... No tenía sentido... Berlín queda lejos... Más lejos de lo que suponíamos.

PADRE: Me sentí tan solo... Tuve esperanzas que pudiera verte a través del cristal... ¡Ansiaba tanto una lágrima! ¡Ver siquiera correr una lágrima por tu mejilla!

JULIO: (*Arrodillándose ante el padre.*) ¿Por qué me engañó, viejo?

PADRE: ¿Qué otra cosa podía hacer?

JULIO: Cuando abrí su cuarto... Todos aquellos cuadros... Había tanto color... Formas tan atrevidas... No semejaban nada, pero estaban llenas de vida... Ni un cisne.

PADRE: La vida es una vieja tacaña... ¿Me perdonas?

JULIO: ¿Qué hago ahora, viejo? ¡Estoy perdido!

PADRE: Tráeme flores. Las flores siempre me han gustado.

Julio llora de rodillas ante el padre. Se apaga la luz.

Lento encendido de cenital sobre joven sentado en una silla. Sus palabras se escuchan inicialmente desde la oscuridad.

JOVEN: Detrás de mí se desató una tormenta. Hacía un ruido infernal. El viento me empujaba hacia delante, hacia la calma, pero permanecía allí, firme. Sentía la camisa pegada a la espalda. El pelo me chorreaba por el rostro. La tormenta cesó de repente. Sentí detrás de mí un gran silencio. Me volví. Estaba frente a un callejón. El agua escurría por los tragantes. Un bando de palomas picoteaban en el suelo mojado. Entre ellas había una paloma negra.

VOZ DE HOMBRE: Narciso, Narciso.

JOVEN: ¿Qué hace ella aquí?

HOMBRE: Te traje la canción.

JOVEN: ¿Dónde estoy?

HOMBRE: ¿La quieres oír?

JOVEN: ¿Hice algo?

HOMBRE: Te la pongo entonces.

JOVEN: Esto es el vacío, ¿no?

Se oye Imagine, de John Lennon. Mientras transcurre la canción, el hombre se viste con atuendos femeninos en una especie de ritual.

HOMBRE: Ayer te extrañé mucho. Llegué cansado. Vino mercancía y hubo que descargarla. Perdí la cuenta de los sacos que pasaron por mi espalda. Hubiera sido un aliciente verte. No es fácil esta casa vacía. ¿Dónde estabas? Mejor no digas nada. No quiero saber. Creo que me estoy poniendo viejo. Me duele la cintura. Me inquieto cuando desapareces. No lo puedo evitar. Imagino cosas... Ayer por poco tengo jodedera con el rastrero. Quieren que uno reviente por ganar unos pesos de más. El sí no se ensucia las manos. Lo de él es el timón, dice. ¿Por qué me miras así? Te doy asco, ¿verdad? ¡Qué cosas tiene la vida! Tú sí te verías bien. Eres lindo, muy lindo. Estos vestidos están hechos como para ti. (*Ríe.*) Si ella supiera... Sus vestidos... Cuando se largó, se largó de

HOMBRE: Eres duro con él.

NARCISO: Me han enseñado a ser duro.

HOMBRE: Necesitas amor.

NARCISO: ¿Amor? ¡Qué extraña palabra!

Entra el Maestro. Desaparece el Hombre.

MAESTRO: Narciso, Narciso... Daría lo que no tengo por tratar de comprenderlo. No hay dudas de que usted es un muchacho raro, por no decir conflictivo. Sus respuestas al ejercicio son realmente asombrosas, harían morir de envidia al mismísimo Dante. Tomemos algunos simples ejemplos: en el infierno usted sitúa a miembros de su propia familia. Para ser exactos, a sus propios padres. Después de una selección así no hay por qué asombrarse, si el profesor de literatura (yo), el de marxismo, el de matemáticas, el de física... En fin, prácticamente el claustro completo con el director a la cabeza se encuentran también allí... Desde luego, la presidenta del CDR no podía faltar y menos el auxiliar de la policía... Sigue una extensísima lista... Sin dudas su selección de personajes al infierno es amplia, variada e ilustrativa de un modo particular de ver la vida; digamos, condescendientes, desde una perspectiva juvenil. Por eso no asombra la lista de elegidos al Paraíso: John Lennon, Los Beatles, Los Rolling Stones, Queen, Bon Jovi, Van Halen, ACDC... Bueno, una lista interminable de cantantes y grupos que componen una especie de paraíso rockero. Pero al final me confunde: Satán. En la cúspide de su paraíso, en lo más alto de la esfera celestial sitúa usted al mismísimo demonio: Satán. ¡Como para erizarse!, ¿no cree?

Narciso guarda silencio.

MAESTRO: ¿Pensó usted por un momento que yo podía aceptar un trabajo así? ¿Es un chiste? ¿Una burla? ¿Está usted enfermo o es un gran bromista? ¿Ha pensado usted en las consecuencias que le podría acarrear su respuesta? ¿Qué hago ahora? ¿Entrego su trabajo al director? ¿Llamo a sus padres?

Narciso guarda silencio. El profesor rasga lentamente el trabajo.

MAESTRO: Si es agradecido puede sacarme ya del infierno.

NARCISO: Profesor, acaba de hundirse más en él.

Entra la Madre y el Sacerdote en dos espacios diferentes. Desaparece el Maestro.

MADRE: Hijo, estoy muy preocupada... ¿Qué hace esa hacha colgada sobre tu cama?

SACERDOTE: ¡Así que era usted el que hacía sus necesidades en la puerta de la iglesia!

MADRE: ¿Callas? Hijo, no te conozco.

SACERDOTE: ¿Quién eres?

MADRE: ¿No te da miedo? ¡Qué horror! Tu cuarto... pintado de negro. Cuando abrí la puerta me pareció hallarme en el infierno.

SACERDOTE: Usted debe ser también el de las llamadas... ¿Qué le ha hecho Dios, hijo mío, para maldecirlo con palabras obscenas?

MADRE: ¿Y el crucifijo? ¿Lo has robado? ¿Por qué cuelga de cabeza en la pared? ¿Qué significa todo esto?

SACERDOTE: ¿Tiene conciencia de lo que hace, hijo mío?

MADRE: No quiero pensar si tu padre llega y descubre esta situación. ¿Qué hago? ¿Qué digo? ¡Sus gritos! ¡Sus gritos!

SACERDOTE: Dios es un buen padre, hijo mío. El es todo condescendencia y bondad. Usted mismo se condena.

NARCISO: El no aparece nunca, padre.

MADRE: El espera tanto de ti... Antes de acostarse sale al balcón... Creo que suplica a las estrellas... que te señalen el camino correcto.

SACERDOTE: El también confía en ti... Por esto te perdona cuando tomas el rumbo equivocado.

NARCISO: ¿El, suplicando a las estrellas? *(Ríe.)* ¿No les exige?

SACERDOTE: El le puede dar orientación, hijo.

MADRE: Eres duro con él... La abeja pica, pero también produce la miel.

SACERDOTE: Todos necesitamos de un padre que nos aconseje, que nos guíe...

MADRE: Parece implacable pero tiene una cara oculta, como la luna. Yo lo perdono.

SACERDOTE: Sólo necesita que te abras, que no guardes reservas, que se lo confíes todo.

NARCISO: ¿Por qué me exige tanto, padre? No estoy a su altura ni lo estaré. ¿Qué quiere de mí? No nací para las grandes cosas. Todo se me dio masticado. Mis digestiones han sido fáciles. Repito frases que no son mías, hago razonamientos aprendidos de memoria... Es como un eco de su propio lenguaje que retumba de pared a pared recorriendo toda la casa.

SACERDOTE: ¿De qué hablas? Sé claro, sé preciso.

NARCISO: Vieja, él es sólo una imagen. Dicen que murió por salvarnos, se inmoló, se sacrificó... ¿Por qué lo hizo, vieja? ¿Quién se lo pidió?... Ahora me chantajea, quiere que le corresponda, que le pague el servicio prestado, que sea lo que no puedo ser. ¿Por qué no me deja pagar por mis propios pecados?... El me los arrebató.

MADRE: ¿De qué hablas? Eres oscuro.

NARCISO: Padre, él me lo dio todo ordenado, todo planificado. Proyectó mi futuro al detalle. Hizo planes, con incisos y acápites, con por cuántos y portantos, despachó cuñíos a diestra y siniestra y no me dejaba ser... algo... ser por mí mismo siquiera un adefesio, un payaso, un ángel... El quiso programarme como a una simple computadora.

SACERDOTE: Eres oscuro.

NARCISO: El sólo chequeaba, controlaba, supervisaba, daba el visto bueno, creía enmendar los errores con una simple tachadura, un borrón. El no se daba cuenta que no era más que una pieccecita del engranaje, que pedía lo mismo que los demás, que por ese camino yo sería una sombra, un papel de copia, un dibujo calcado...

MADRE: ¿De qué hablas?

SACERDOTE: Sé preciso.

NARCISO: Me miro al espejo y me pregunto: ¿Soy bruto? ¿Soy inteligente? ¿Soy...? (Pausa.) (Sonríe.) Soy lindo... Todos lo dicen. Mis ojos lo ven, no me engañan. ¡Soy lindo! Debo ser algo más, pero parece que no ha llegado el tiempo en que lo descubra... Por ahora, ¡soy lindo! Algo es algo, ¿no? ¡Buen punto de partida!

Entra el Hombre. Desaparecen la Madre y el Sacerdote.

HOMBRE: Nunca te he preguntado nada. Sé de ti lo que me cuentas. Aquí pasas los días... Miles de pensamientos rondan mi cabeza, pero ni siquiera he buscado un indicio... ¿Me concedes una pregunta?

NARCISO: Sólo una. Es mejor así.

HOMBRE: ¿Has estado con mujeres?

NARCISO: Soy hombre, ¿no?

HOMBRE: Sí, claro... ¡Vaya desperdicio de pregunta?

Breve silencio.

NARCISO: Cuando el viejo se fue para el Norte, la vieja quedó como loca. Era imposible estar en la casa. Pegaba a mis hermanos por cualquier cosa...

HOMBRE: ¿Tu padre al Norte? ¿Tienes hermanos?... Nunca habías hablado de ellos.

NARCISO: ¿Mis hermanos?... Ah, no sé por qué... Yo era el mayor. ¡Uf! ¡El mayor! ¡Qué pesado! ¡Qué engreído!... Yo allí, en un rincón, solo, olvidado.

HOMBRE: Pero viajabas con tu padre por Francia, por España...

NARCISO: ¿Viajar por...? (Ríe.) ¿De dónde sacas eso?

Pausa.

HOMBRE: ¿Cuándo murió tu madre?

NARCISO: ¿Ella murió?

Silencio. Narciso mira fijamente al Hombre.

NARCISO: ¿Sabes que esta es la primera vez que he estado con un... hombre?

HOMBRE: ¿Qué ibas a decir? ¿Piensas que no soy hombre? Yo también desearía hacerte el amor.

Breve silencio.

NARCISO: Aquel día, en la parada, sentí tu mirada sobre mi cuello. Al volverme bajaste los ojos. Me sentí espiado. Desconfié. Había huido de la casa. Detrás de cada árbol, de cada esquina, sentados en los bancos del parque veía perseguidores. ¡Que lo traigan! ¡De vuelta al hogar! ¡Para azotarlo! ¡Para desollarlo vivo! Se busca joven que abandonó los estudios, que abofeteó a padre que gritaba sin control: ¡Serás carne de presidio!, ¡serás carne de presidio! Unica señal distintiva: es lindo... ¿Qué contaba?

HOMBRE: Que bajé los ojos...

NARCISO: Pero en la guagua no te podías contener. No sé por qué bajé cuando lo hiciste.

HOMBRE: ¿En qué pensaste?

NARCISO: Nada. No pensaba nada. No te sabría explicar por qué empujé la puerta que dejaste entreabierta.

HOMBRE: Pensé que tenías oficio.

NARCISO: El único oficio que conozco es el de dormir donde me coja la noche y comer sobras que dejen otros... Mendigo una peseta a cualquiera, me baño una vez al mes en un arroyo sin nombre... Qué bueno sería no tener nombre, ¿verdad?... Soy libre. No quiero deberle nada a la vida.

HOMBRE: Eres un muchacho raro.

NARCISO: ¿También tú?... Tú sí eres raro: feo, hombre y maricón.

El Hombre reacciona violentamente.

HOMBRE: No te atrevas a repetir esa palabra, no te atrevas porque te mato... No creas que porque te sirvo de mujer soy menos hombre que tú... No quiero exigirte nada. Sólo quiero de ti lo que puedas darme... Me gustas, eres lindo, no te hago preguntas... Pero tú hablas y hablas y cuentas historias raras y te gusta esa música rara, y tienes costumbres raras y apareces y desapareces de esta casa, y no sé por qué vienes... No pides nada... No sé si te

gusto, no sé qué sientes por mí... Todo es muy raro, ¿comprendes?

NARCISO: Perdóname.

El Hombre va donde él y lo abraza.

NARCISO: No me botes de aquí. Dame tiempo. Más adelante quizás pueda contarte... No me es fácil... He estado solo desde niño. Mis padres murieron en un accidente. Me crió mi abuela...

HOMBRE: (*Separándose y tapándole la boca.*) No, por favor, creo que no podría soportar otra versión de tu historia familiar. Lo único que me importa ahora eres tú.

NARCISO: Hubiera deseado tenerte como padre.

HOMBRE: ¡Que Dios no lo quiera! (*Se santigua afectadamente.*) ¿Hacemos el amor?

Entra la Madre y la Vieja con ramajes en las manos. Desaparece el Hombre.

MADRE: Purifícalo, Candita, purifícalo. El tiene el demonio en el cuerpo.

NARCISO: (*Sentado.*) Te odio, te odio. No sabes cuánto te odio.

MADRE: El no es quien habla, Candita, él no es quien habla.

NARCISO: (*Mientras es despojado.*) ¿Qué haces ahí parada? Estás muerta desde hace tiempo. ¡Vuelve a tu tumba! Tu espíritu es el que vaga por esta casa... Siempre en silencio, rompiendo platos en la cocina, zurciendo ropas viejas, adornando jarrones con flores de plástico. (*Ríe.*)

MADRE: El no es quien ríe, Candita, él no es quien ríe.

NARCISO: Escondiendo lágrimas en el trapo sucio de la cocina, ocultando santos en el cuarto de desahogo, rindiendo informes perfumados del único y desastroso hijo a ese inspector mensual que dice ser su marido y mi padre, que golpea con saña las paredes cuando las cosas marchan mal con el hijo extraterrestre que desea tener, y que retira con violencia el potaje de chícharos quemado mientras comenta en la ventana con voz angustiada: "Hoy bombardearon Bagdad."

MADRE: Purifícalo, Candita, Purifícalo.

Candita echa agua sobre su cabeza.

NARCISO:

John Lennon
que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.
Llévanos a tu reino... (*Llora.*)

Entra el Hombre. Trae en sus manos los vestidos de mujer. Desaparecen la Madre y Candita.

Narciso y Hombre se encuentran en planos diferentes. Mientras ocurre el diálogo, Narciso se viste con los atuendos femeninos.

NARCISO: Hace una semana que espero tu regreso, ¿qué ocurre?

HOMBRE: Sé que estás en la casa, que no te has ido. No lo pienses más. Lárgate.

NARCISO: Te agradezco que no hayas esperado de mí gran cosa.

HOMBRE: Ese no saber qué esperar de ti me aterroriza.

NARCISO: Te has entregado sin pedir nada a cambio.

HOMBRE: No se trata de sexo.

NARCISO: Estoy esperándote... No me importa si debo servirme de mujer. Ya eso no cuenta.

HOMBRE: Se trata de algo más hondo, algo enigmático, eres de un mundo diferente.

NARCISO: Necesito encontrar el camino y creo que tú me puedes ayudar.

HOMBRE: ¿Es verdad que llamaste a tu padre y le dijiste donde estabas?

NARCISO: Necesito estar seguro de ti.

HOMBRE: ¿Es verdad que le contaste lo de nosotros?

NARCISO: Necesito saber si te importo por algo más que no sea mi lindura.

HOMBRE: ¿Es verdad que dijo que me iba a pegar un tiro en la cabeza?

NARCISO: Me podrías ayudar a buscar un trabajo.

HOMBRE: ¿Es verdad o es otro de tus inventos?

NARCISO: No quiero regresar a la casa.

HOMBRE: Hice averiguaciones. Ayer hablé con tu madre.

NARCISO: ¿Qué ocurre que no vuelves?

HOMBRE: Me dio un bofetón, pero a tite perdona. Eres su hijo. No le dirá nada a tu padre.

NARCISO: Te espero vestido... así... para entregarme. Será como si de nuevo hubiera nacido.

Silencio.

Entra la Madre.

MADRE: Hijo... Hijo... ¿Qué haces vestido así?

Narciso se vuelve. Silencio.

MADRE: Hijo, vamos... Esta no es tu casa.

Desaparece el Hombre.

Narciso se rasga el vestido.

NARCISO: ¡Cobarde!

MADRE: ¡Vamos!

Breve pausa.

NARCISO: ¿Hoy también bombardearon Bagdad, verdad?

La Madre lo abraza.

MADRE: Sí, hijo, hoy también.

El hijo llora. Resbala hacia los pies de la Madre. La Madre mira fijamente hacia delante. Se apaga la luz.

Lento encendido de cenital sobre joven sentado en una silla. Sus palabras se escuchan inicialmente desde la oscuridad.

JOVEN: Andaban sin rumbo fijo. La paloma negra hizo un giro y avanzó hacia mí. Me asusté mucho. Sentí la angustia anudada en mi cuello. Pero varias palomas blancas revolotearon... Fue como una luz, muy rápido todo. Hice un gesto... No sé si para cubrirme el rostro... Una se posó en mi mano derecha, otra en mi hombro izquierdo... Todas las palomas blancas volaban a mi alrededor, envolviéndome. Me sentía feliz. La paloma negra se alejaba por el callejón vacío.